

teis á la virtud dando muy ciertas señales de lo que la venerais.

En tercer lugar. ¿En que empleábais antiguamente vuestras riquezas? ¿alcanzaban vuestros inmensos bienes para el juego, para el lujo, para los antojos y para las pasiones? Hacíais que los dones de Dios sirviesen á la iniquidad, pues cuanto gastábais en usos injustos, lo usurpábais al pobre y al afligido; ¿y cómo quereis reparar esta injusticia sino con santas profusiones y con mas abundantes liberalidades?

Finalmente, en cuarto lugar. Habeis pasado la primera estacion de vuestra vida consagrándola al mundo y á sus errores, entre los placeres de una vida ociosa y regalada; entonces vuestra única ocupacion era la felicidad de vuestros sentidos, solo cuidábais de avivar continuamente con vuestros artificios el apetito cansado con el disgusto y saciedad, que son inseparables de todo lo que puede agradar no siendo Dios, solo vivíais para vuestro cuerpo.

Una virtud, pues, fácil, suave y ociosa no seria para vosotras mas que una peligrosa ilusion. Proporcionásteis á vuestros sentidos todo lo que podia halagaros; es preciso, pues, que os dediqueis á crucificarlos, que vayais á aquellos lugares de misericordia adonde llama la piedad á tantas almas santas, que os acerqueis á los lázaros fétidos y cubiertos de heridas, que no negueis vuestro ministerio y el socorro de vuestras manos á sus necesidades extremas, y que no obstante la secreta repugnancia de la naturaleza, acostumbreis vuestra delicadeza á estas obras de religion, y que vengais con vuestra fe y con el fervor de vuestro amor la flaqueza de una carne que tantas veces ha triunfado de vosotras: os parece que por estar dedicadas á los ejercicios de la caridad os excedeis en el cumplimiento de vuestras

obligaciones, pero bien veis que aun no dais uno por mil y que es necesario que la compensacion sea igual.

Lo que os engaña en este punto, señoras, á quienes la misericordia de Jesucristo ha desengañado del mundo y llamado á su servicio, y lo que hace que confieis tanto en el mérito de vuestras santas obras, es primeramente que por un secreto y sutil error de la vanidad os persuadís á que los títulos que os distinguen dan un nuevo mérito en la presencia de Dios á vuestras obras de religion, á que su precio se aumenta á proporcion de vuestras clases y á que las mas leves acciones de piedad se ilustran, por decirlo así, en la presencia del Señor con el resplandor que os rodea. Descansais sobre esta vana complacencia, la que se mantiene con injustas adulaciones; haceis que tenga parte en la idea que formais de vuestras obras, la que tambien teneis formada de vosotras mismas, y os persuadís á que los que no son de tan ilustre nacimiento aunque hagan mucho mas que vosotras nunca merecen tanto; como si no fuera la caridad quien solamente discierne nuestros méritos, como si en Dios hubiera acepcion de personas, y como si no se pidiera mas á los que han recibido mas. En segundo lugar, porque nunca reflexionais lo que sois, sino contraponiéndoos á las personas mundanas de vuestra clase y estado, que viven entregadas á los placeres, á las locas pasiones y á sus propios desórdenes y que absolutamente abandonan el cuidado de su salvacion. Este paralelo aumenta vuestro mérito á vuestra vista; vuestras obras comparadas con sus inutilidades y placeres, os parecen superabundancias de justicia; todo cuanto haceis mas que ellas por la salvacion, os parece que es hacer mas de lo que debeis, y la tibieza en que vivís opuesta á su desórden, se muda á vuestra vista en una virtud heroica. Semejantes en esto á

aquel obispo del Apocalipsis, que no obstante la tibieza y negligencia de sus costumbres, se tenía por rico en buenas obras, porque juzgaba sin duda de su virtud por la caída y los excesos de los falsos doctores que enseñaban la doctrina de Balaam y seguían sus vergonzosos caminos, siendo á la vista del que es testigo fiel y verdadero, pobre, miserable, desnudo y á pique de ser arrojado de su boca.

Esta regla, pues, es peligrosa. No debemos medir lo que somos en la presencia de Dios con estos paralelos engañosos, sino con la santidad de la ley, con lo sublime de nuestras obligaciones, con la excelencia de nuestra vocación, con la grandeza del Señor á quien servimos, con la multitud de iniquidades que tenemos que expiar, con las continuas flaquezas que nuestra tibieza ve multiplicarse todos los días sin enmienda; en una palabra, no debemos honrar nuestra débil virtud comparándonos con los pecadores, sino con los santos que nos han precedido, con las almas justas que caminan á nuestra vista y nos dejan muy atrás. Con estos ejemplos debemos confundir nuestra tibieza é impenitencia. Si la pecadora de Jerusalem hubiera juzgado de la profusión de sus perfumes y de la abundancia de sus lágrimas por la insensibilidad de otras mujeres mundanas de Palestina, no hubiera tenido tanta vergüenza de presentarse delante del Salvador, no hubiera escogido sus piés como para ocultar á sus ojos los santos ministerios de su caridad, que la parecían tan desproporcionados á los desórdenes de su vida. Si la mujer cananea hubiera comparado su conducta tan llena de fe con la ceguedad de las demás mujeres de Tiro, sin duda que nunca se hubiera comparado á un vil animal. Si David hubiera juzgado de su penitencia, de sus ayunos, de sus lágrimas, de sus maceraciones, por el lujo de las otras cortes y por el ejemplo de

los reyes sus vecinos, mas que por sus delitos, no hubiera suplicado al Señor que no entrase en juicio con él. Los desórdenes, pues, de nuestros prójimos nada añaden al mérito de nuestras obras, y muy bien podemos ser mas justos que el mundo sin estar suficientemente justificados con Jesucristo.

*Segunda regla.* La segunda regla que se ha de observar en la práctica de las obras de misericordia, es que no solo las hemos de mirar como obligaciones que cumplimos, sino tambien valernos de ellas como de remedios diarios contra nuestras continuas flaquezas. Me explicaré. Bien sabeis, señoras, que las obras exteriores de piedad no tienen mas mérito en la presencia del Señor, que en cuanto sirven de perfeccionar al hombre interior, porque el reino de Dios está dentro de nosotros, y cuanto hacemos por la salvacion es inútil si no se ordena á arreglar el corazón y á la entera mortificación de los vicios y de los deseos que dentro de nosotros sirven aún de obstáculo á la gracia de nuestra perfecta libertad. Supuesta, pues, esta máxima de la fe, el socorrer á nuestros prójimos, vestirlos, visitarlos, consolarlos y aun servirlos, no es todavía mas que el cuerpo de la piedad. Estos son los oficios del cristiano, pero no es el cristiano mismo. Es preciso, pues, que la virtud se aumente y se purifique con estas públicas obligaciones de misericordia, que nuestras imperfecciones hallen en ellas su remedio, y que cada obra santa sirva de debilitar en nosotros alguna de nuestras pasiones; es decir, señoras, que para participar del espíritu de la fe en la práctica de las obras de caridad, es necesario antes de empeñarse en ellas poner nuestra alma en nuestras manos, contemplarla á los piés de Jesucristo y examinar en su presencia, con la luz de su gracia, cuáles son aún nuestras desordenadas

inclinaciones, y elegir los oficios de misericordia que las son mas opuestos y que parecen mas á propósito para desarraigárlas de nuestro corazon.

Y así, si aun gustais del mundo, de los placeres, de las distracciones del juego y de las concurrencias, preferid las obras que mas os separen de estas cosas y que mas á menudo os encierren en la oracion, en el silencio y en el retiro. Si sois naturalmente tan inclinadas al regalo y á la ociosidad, que en esto no os podeis vencer, si vuestra virtud consiste solamente en un natural retiro del bullicio y de las agitaciones del mundo, que no os gustan, y en una vida mas tranquila y ociosa, que la que regularmente se vive en el siglo, entonces os corresponden las obras mas difíciles y mas penosas de misericordia, los cuidados mas fastidiosos y las miserias mas asquerosas. Amais en la virtud lo que brilla, lo que distingue, lo que llama la atencion del público; elegid las obras mas oscuras, las que mas os confundan con el pueblo; las mas expuestas á la burla de los locos; dejad para otros el primer puesto y todo el honor de las grandes empresas de piedad, y reservad para vosotras los cuidados y las fatigas; caeis con frecuencia en las mismas impaciencias, todo os enfada, todo os altera, y desacredita la virtud en el juicio de los que os tratan con flaquezas que son propias vuestras; escoged aquellas obras en que se necesita de mas agrado, de mas paciencia, de ser responsables á los sábios y á los necios, y aun de sufrir las quejas, los enfados, los génios y aun los ultrajes de aquellos mismos á quienes se socorre. Experimentais unos injustos desvíos y unas secretas antipatías, en las cuales sois demasiado indulgentes con vuestro corazon, limitando casi toda vuestra virtud á huir de lo que no podeis amar; buscad las obras que os junten y os proporcionen nuevas conexiones

con las personas que por su sola piedad debiérais amar, y acostumbrad así vuestros corazones á que vean con gusto lo que deben amar sin ficcion. Finalmente, haced de vuestras obras de misericordia los ejercicios de las virtudes que os faltan.

Sacheo, despues de haber reparado sus injusticias, hizo abundantes liberalidades, y su misma casa sirvió de asilo á su libertador; ¿pero qué intentaba con estas profusiones? acabar de apagar en su corazon aquella insaciable sed de riquezas que hasta entonces le habia tiranizado y que no se apaga de repente. La Magdalena derramó perfumes y limpió con sus cabellos los sagrados piés de su Maestro, y era porque sin duda sentia aún algunas reliquias de apego á los deplorables instrumentos de sus vanidades y placeres y se daba prisa su amor á perfeccionar el sacrificio. Las mujeres de los israelitas ofrecieron para la construccion del Tabernáculo lo mas precioso que tenían; pero era porque aquellos despojos de Faraon con que las habia adornado el Señor, servian de escollo á su flaqueza, y las hacian aún echar menos continuamente la pompa y los tesoros de Egipto.

Las obras exteriores de la piedad solamente son santas, señoras, cuando nos santifican, y solo nos santifican en cuanto nos corrigen: porque si Jesucristo es el fin de la ley, todas las obligaciones que ésta nos impone solo se dirigen á formar á Jesucristo dentro de nosotros mismos; debe, pues, el cumplimiento de cada precepto añadir como un nuevo rasgo á este hombre espiritual; nuestras obras solo se cuentan por los progresos de esta divina obra; si ésta no crece, en vano vestimos, visitamos y consolamos á nuestros hermanos; nada hacemos en la presencia de Dios, porque él solo mira en nosotros la semejanza con su Hijo, y solo

en Jesucristo somos dignos de que nos mire; lo que no perfecciona esta semejanza, nada añade á nuestro mérito: Jesucristo, pues, solo crece en nosotros sobre las ruinas del viejo Adán; es preciso que el uno se disminuya para que el otro crezca; solamente lo que mortifica las inclinaciones de la carne aumenta la vida del espíritu; solamente lo que contradice á la naturaleza corrompida, conduce á la perfeccion del ser cristiano; solamente lo que debilita aquellas infinitas inclinaciones, que aun se oponen en nosotros á la ley de Dios, da nuevas fuerzas á las inclinaciones de la gracia; casi todo es sacrificio en la vida del cristiano, señoras, porque éste vive de la fe, y todo cuanto nace de la fe cuesta violencia, porque siempre se opone á la vista de los sentidos: por eso las obras de misericordia deben ser como sacrificios diarios del alma fiel. El mismo apóstol no las da otro nombre; con tales sacrificios, dice exhortando á los fieles á los piadosos oficios de caridad para con sus hermanos, nos hacemos á Dios favorables: *Talibus enim hostis promeretur Deus.*<sup>1</sup>

A esta regla de piedad se falta de dos modos: primeramente, entre las obras de misericordia casi siempre escogemos las mas conformes á nuestro gusto, á nuestro géñio y á nuestras inclinaciones; el que es vivo, activo, eficaz, enemigo del respeto, del recogimiento y del retiro, se mezcla en todos los ejercicios de piedad, en todo quiere tener parte, abraza toda especie de cuidados, no vive para sí ni un solo instante, sin advertir que necesita retirarse en su interior mas á menudo, puesto á los piés de Jesucristo, para reparar allí las pérdidas, inseparables de los misterios exteriores, y renovar las fuerzas que no dejan de debilitarse aun con las mas santas ocupaciones.

<sup>1</sup> Heb. 13, v. 16.

El que nació con un corazon compasivo y misericordioso, gusta de aliviar á los que padecen, con una compasion absolutamente humana; el que es de un natural melancólico, austero é imperioso, abraza los ministerios que le colocan sobre los demás y que le hacen árbitro de su conducta, proporcionando al amor propio ocasion de satisfacer esta inclinacion natural que tiene de corregir y reprender; el que tiene inclinacion á una obra ó á un ejercicio, es insensible á todos los demás. Finalmente, por no molestar, si nos examinamos de cerca, veremos que nuestras desordenadas inclinaciones nunca padecen en estos religiosos ejercicios; que hasta en la piedad huimos de lo que nos desagrada y molesta; que no hacemos mas que nuestro gusto, aun cuando pensamos que nos ejercitamos en obras de salud, y que no somos mas que hombres, aun cuando juzgamos que somos cristianos.

No quiero decir que debamos resistir á las inclinaciones de nuestra alma hácia la misericordia, ni que no merezcamos en estas piadosas ocupaciones, cuando cumplimos con ellas sin repugnancia. No, señoras, la fe sabe hacer que la naturaleza sirva á la gracia, y estas favorables disposiciones para la virtud con que nacemos, son dones del Creador, los que en los designios de su misericordia para con nosotros deben ser como las primicias de nuestra santificacion. Pero es menester que cuidemos de no ceñir á esto todos nuestros esfuerzos; la piedad pasa mas allá de la naturaleza. Bien puede seguirse todo lo que nos inspiran nuestras inclinaciones cuando es laudable; pero si parais aquí, nada habeis hecho, aun estais al principio del camino, porque éste es áspero y difícil, y por muy felices que sean vuestras inclinaciones, nunca pasareis mas adelante mientras no hagais mas que obedecerlas y seguir las: con

todo eso, en solo el temperamento consiste casi toda la virtud de la mayor parte de los que hacen profesion de seguir las. La regla, pues, es que los oficios exteriores de piedad, que nos dejan siempre tan sensuales, tan poco mortificados y tan imperfectos como antes, solo tienen la apariencia y no pueden tener la fuerza de la virtud.

Aun es mas culpable el segundo modo con que violamos esta regla. No solamente nos ceñimos á una virtud puramente natural y escogemos entre las obras de misericordia aquellas que nada cuestan al amor propio y nunca enmiendan nuestras flaquezas, sino que muchas veces suelen servir estas obras para mantenernos en ellas.

Efectivamente, ¿cuántas de estas almas engañadas, en medio de una vida mundana, profana y sensual, viven tranquilas, fiadas en algunos ejercicios de misericordia y en la abundancia de sus liberalidades? Son como aquellas doncellas de Tiro de quienes habla el profeta, que viviendo en la infidelidad creían aplacar la justicia del gran Rey, mezclando con sus deleites algunos piadosos oficios de caridad y el mérito de algunas liberalidades y ofrendas: *Filia Tiri in muneribus vultum tuum deprecabuntur.*<sup>1</sup> Vivimos persuadidos á que la misericordia lo suple todo; que la oracion, el retiro, la negacion de sí mismo, el aborrecimiento del mundo, el huir de los placeres, el guardar los sentidos y todas las mas inviolables máximas de la vida cristiana, son obligaciones que pueden rescatarse, por decirlo así, á precio de dinero; que la fe conoce este género de compensaciones, y que una ociosidad misericordiosa no será distinguida de la virtud y de la justicia. Pero ¡oh Dios mio! ¡qué suave sería vuestra cruz! ¡qué favorable sería vuestra doctrina á los

<sup>1</sup> Psalm. 44. v. 13.

sentidos! ¡qué fácil sería el camino que conduce á la vida! ¡y cómo sería la corona de la inmortalidad un premio prometido á cortos trabajos, si para obtenerla no se necesitara mas que de algunas liberalidades, en que nuestros placeres, nuestras pasiones, nuestro lujo y nuestra sensualidad nada padecen!

Pero, señoras, Dios no necesita de nuestros bienes; lo que pide es nuestro corazon. Es verdad que la misericordia ayuda á expiar los delitos de que nos arrepentimos, pero no justifica los que amamos; bien sé que es el socorro de la penitencia, pero no es excusa de la sensualidad; la fe nos enseña que suple á los débiles esfuerzos del pecador que se convierte á Dios, pero no pone en seguridad al alma mundana que rehusa el convertirse á él; en una palabra, es el fruto de la virtud, pero no el remedio del vicio, y lo que en este caso hay mas digno de lástima, es que unas costumbres que nos parecerian peligrosas si no estuvieran acompañadas de algunos oficios de piedad, pierden á nuestra vista todas las dudas y peligros luego que están defendidas con estas obras exteriores. Y si alguna vez ó por oír las verdades eternas ó por alguna gracia mas eficaz se turba esta paz falsa y se excitan temores en la conciencia, entonces la desnudez cubierta, el hambre socorrida, la miseria consolada y la inocencia protegida, se presentan al instante á la memoria y calman esta feliz borrasca. Estas son las señales de paz que disipan al instante nuestros suspiros; este es aquel arco engañoso de que habla el profeta: *Arcus dolosus,*<sup>1</sup> del que en medio de los nublados y felices tempestades que el dedo de Dios empezaba á mover en el corazon, sale á prometernos una falsa serenidad y

<sup>1</sup> Ocas 7. v. 16.